

CR

Universidad de  
Puerto Rico



## Segunda Lección Inaugural Programa de Bachillerato Estudios Generales

378-7295  
G216p



Recinto de  
Río Piedras



Anfiteatro 1  
Estudios Generales

# Presentación del Curso Pensamiento Puertorriqueño y Realidad Nacional

Profesora Magali García Ramis

COLECCION PUERTORRIQUEÑA  
NO SE PRESTA FUERA DE LA SALA

Diez y ocho  
de agosto  
de mil novecientos  
ochenta y ocho

**Mensaje del Dr. Juan R. Fernández, Rector del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico.**

Esta segunda **Lección Inaugural** del Programa de Bachillerato en Estudios Generales se ofrece en un contexto de particular significado e importancia. Enmarca esta ocasión el ofrecimiento por vez primera, del curso **Pensamiento Puertorriqueño y Realidad Nacional**. Igualmente significativo es que tengamos hoy con nosotros aquí a Doña Margot Arce Vda. de Vázquez, nuestra Profesora Emérita y nuestra Doña Margot de siempre. Es también importante que esta **Lección Inaugural** esté a cargo de una joven profesora que ya ha descollado tanto en el campo de la docencia como en el campo de la literatura destacándose por ser una de las escritoras de mayor promesa en nuestro país: **Magali García Ramis**.

Particular razón de alborozo es tener hoy con nosotros a Doña Margot. De ella no es necesario decir mucho, su vida y obra son más elocuentes de lo que podemos serlo nosotros. Sin embargo, quizás muchos de los presentes no sepan que Doña Margot fue factor fundamental, influencia crucial, en la creación misma y en el desarrollo del concepto de "estudios generales" en la Universidad de Puerto Rico. Todavía más, que hace un "tiempito" -cuarentiocho años- que ella insistió y luchó para que se ofreciera un curso en la Universidad sobre pensamiento puertorriqueño y realidad nacional. Díganme ustedes si no es para sentir especial satisfacción y gozo que, cuando ese reclamo se hace realidad, podamos tener entre nosotros a quien lo formuló originalmente y quien con su ejemplo y dedicación lo mantuvo vivo a pesar de las adversidades y fuerzas que contra ella lucharon durante ese casi medio siglo.

Se prueba hoy, una vez más, que las buenas ideas no mueren; que se rescatan y reviven cuando hay la sensibilidad y la voluntad de hacerlo.

Finalmente, y sobre todo, se destaca un hecho de gran esperanza: la solicitud para que se ofreciera el curso sobre pensamiento puertorriqueño y realidad nacional surgió originalmente de los estudiantes. Aunque sea

innecesario se lo menciono a Eneida Vázquez, a Carmelo Rosario, a Benjamín Rivera, a Sylvia Alvarez, a todos los que contribuyeron en la propuesta del curso. Igualmente se lo señalo a profesores, decanos, claustres que también deberán trabajar en su desarrollo. Con el mayor respeto se lo menciono a Doña Margot para que vea por qué ella es tan joven: su idea de hace cuarentiocho años la recogen e impulsan los estudiantes de ahora.

Es ésta sin duda una experiencia de gran importancia, pero también de una gran exigencia. A los claustres requiere la mayor dedicación para echar adelante un esfuerzo de importancia vital; a los estudiantes los ubica en una situación muy particular: la de auto-exigencia y responsabilidad propia. Y eso deberá ser así para lograr el Puerto Rico que todos queremos. Tenemos buenos ejemplos de lo que logra la perseverancia, la dedicación y el respeto a los principios y valores. Debemos seguirlos sobre todo y en primera instancia por nosotros mismos.



Juan R. Fernández  
Rector

**II LECCION INAUGURAL DEL PROGRAMA**

por la Profesora  
Magali García Ramis.

Estimada Doña Margot Arce de Vázquez

Señor Rector del Recinto de Río Piedras  
de la Universidad de Puerto Rico

Señor Decano de la Facultad de Estudios  
Generales

Señores Decanos de Asuntos Académicos y  
de otras facultades

Señora Directora del Programa de Bachillerato  
de Estudios Generales

Señores Directores de Departamentos

Compañeros profesores, personal no docente  
y estudiantes

Compañeros universitarios todos:

Hace apenas tres semanas, la Lcda. Eneida Vázquez me pidió que compartiera con ustedes un rato hoy en la mañana, a modo de bienvenida a un nuevo curso escolar en esta Facultad de Estudios Generales. Yo, ante esta invitación, hice lo mismo que probablemente haría la mayoría de los estudiantes cuando se le anuncia un examen: me quejé amargamente durante las tres semanas, anduve con notas y papeles y pluma al hombro tratando de escribir y al fin, un día y medio antes, me senté a la mesa con un montón de libros, de los cuales esperaba tomar igual número de ideas para conversar con ustedes hoy. Tenía a un lado la **Historia cultural de Puerto Rico**, de Eugenio Fernández Méndez, una antología de Nemesio Canales, la **Historia general de Puerto Rico**, de Fernando Picó, un texto de ensayos de Eugenio María de Hostos, una antología de poesía puertorriqueña y muchos más. Me puse a leer y a pensar, y a pensar y a leer hasta que de pronto me di cuenta de que eran las nueve de la noche, por lo que cerré todos los libros y corrí a ver a Doña Beija.

Cuando terminó esa telenovela cuya temática, en el aspecto romántico, es tontísima, pero cuyos planteamientos y producción son un festín auditivo y visual, me di cuenta de que había hecho lo correcto como preámbulo a escribir para ustedes, porque nuestra vida como puertorriqueños universitarios está compuesta no sólo por lo que aprendemos y enseñamos acá en los salones, sino por cómo todo eso que analizamos, discutimos, rechazamos o adoptamos en nuestra vida universitaria, interactúa con nuestra vida en común con la familia y los amigos y los medios de comunicación y las costumbres y las tradiciones de nuestra vida misma en Puerto Rico. Entonces, pude acercarme a esbozar esta charla, que llamamos saludo, y que he titulado:

### EN UNA ISLA DE EXTENSION ESCASA

Se trata de algo muy sencillo; se trata de que hoy, en las postrimerías del siglo 20, estamos reunidos un minúsculo grupo de los 5 millones del planeta que nos llamamos a nosotros mismos puertorriqueños, en un salón de actos de la universidad del Estado de una isla de extensión escasa, localizada en un mar llamado Caribe, intentando reflexionar sobre lo que nos espera ahora que comienza un año académico.

Se trata de que hemos tenido la suerte de converger en este Recinto un destacamento de profesores y personal administrativo con un ejército de estudiantes que son la razón de ser de este centro docente.

Se trata de que para darles la bienvenida a ustedes esta facultad escogió honrar a una mujer cuyo nombre es sinónimo de cultura puertorriqueña: la Profesora Margot Arce de Vázquez. Y se trata de que ustedes graben para siempre en su memoria algo de quién es y qué ha hecho esta singular mujer, para que se lo digan a sus hijos, y ellos a los suyos, para luchar contra las trampas de la memoria y de los que quisieran que no tuviésemos memoria, que no tuviésemos identidad. Para que dentro de 20 años, los prepas que entren a la yupi no digan ¿quién es Margot Arce?, como dicen ¿quién es Antonio Pedreira? o ¿quién es Manuel

Fernández Juncos? Pedreira, les contestan, es un edificio cerca de la Torre; Fernández Juncos es una avenida venida a menos por allá por Santurce.

Esta charla, entonces, es antes que nada un reclamo por la memoria y la identidad cultural nuestra y, cuando digo **nuestra identidad cultural**, me refiero a todo nuestro entorno cultural, no sólo al que producimos nosotros, sino a todas las culturas con las que interactuamos. La Dra. Margot Arce de Vázquez es un ejemplo vivo de esta concepción amplia de la cultura.

Se trata de contarles que hace 48 años, cuando ni ustedes, los estudiantes, ni muchos de los aquí presentes habíamos nacido, cuando aún los puertorriqueños no podíamos siquiera escoger por voto un gobernador, cuando estaba nuestra Isla a punto de involucrarse directamente a través de sus nexos con Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, cuando no había televisión para nadie, ni los estudiantes universitarios tenían carros para llegar a Río Piedras, la Dra. Arce presentó una ponencia en el Ateneo Puertorriqueño explicando su visión de la misión de la Universidad y señalando como punto de máxima importancia la incorporación de un curso sobre cultura y pensamiento puertorriqueño.

Dijo Margot Arce en ese foro que debería concebirse para la Universidad una facultad que ella llamaba Facultad de la Cultura, donde se estudiara "la imagen física del mundo en la actualidad, los temas fundamentales de la vida orgánica, el proceso histórico de la especie humana, la estructura y funcionamiento de la vida social, el plano del Universo y la idea religiosa". Y que en esa facultad se debería ofrecer un curso donde se incorporara, de modo interdisciplinario, ese estudio de todo lo puertorriqueño. Porque, señaló: "La mayor parte de nosotros somos extranjeros de la peor extranjería porque somos extranjeros en nosotros mismos, carecemos de una conciencia clara de lo que hemos sido, somos y por tanto seremos mañana".

Esa facultad que describía la Prof. Arce se parece en mucho a la de Estudios Generales y ese estudio que recomendó no se parece, sino que es, ciertamente, el curso de pensamiento puertorriqueño y realidad nacional que ahora comienza en esta facultad y al cual todos ustedes tendrán posibilidad de acceso.

Se trata entonces de celebrar no sólo que ustedes llegaron a compartir con nosotros, sino de que llegan en año de buenos auspicios, de muchas esperanzas, de algo tan pequeño y tan gigante como un curso que, recomendado hace 48 años, es ahora cuando aflora a las listas de clases. No importa, dice uno, si en este país hay que esperar año y medio para que instalen un teléfono, y 10 años para un sistema de agua y guagua, dos años para remendar unas cuantas plazas de pueblo chiquito; 48 años en espera de un curso... ¡al menos llegó!

Y sin embargo, yo personalmente hubiera querido que llegara en mitad de ese tiempo, hace 24 años, cuando ingresé en la Universidad de Puerto Rico y me senté, no en este anfiteatro, sino en un saloncito en el Centro de Estudiantes, donde un decano muy chistoso nos dijo cómo iba a ser la vida universitaria y una doña (nunca supimos quién era) quiso hacerse la muy graciosa diciéndonos que estaba bien que tuviésemos novios pero que, entre otras cosas, estudiáramos juntos. Nadie nos dijo que teníamos la posibilidad de conocernos como país, de saber de dónde veníamos y plantearnos hacia dónde queríamos ir.

Y nosotros, les aseguro (al menos yo) no sabíamos. Les confieso que mi ignorancia de todo lo relacionado con la vida histórica y cultural puertorriqueña era tan vasta como las Cuevas de Camuy, y en estos 24 años que han pasado he logrado llenar quizás una quinta parte de ese vacío. Porque no sólo no sabía nada de Puerto Rico, me avergonzaba horribilmente ser puertorriqueña. Yo quería ser americana. Era más bonito.

Los americanos hacían películas en colores, y nosotros no. Los americanos tenían Nueva York y habían hecho hasta la bomba atómica, además, la música de aquí... esos tríos puertorriqueños a mí me daban ganas de bostezar. Y los próceres, ¡qué próceres ni que ocho cuartos! para próceres Washington, y Lincoln, que liberó a los esclavos. Yo no sabía que había existido un hombre maravilloso, luchador por la emancipación de los esclavos de Puerto Rico, llamado Segundo Ruiz Belvis, quien murió olvidado de Dios y de nosotros en Chile y ante cuya tumba fue en peregrinación el peregrino educador insigne de América, también nuestro, Eugenio María de Hostos.

Yo no sabía que esta isla caribeña tenía historia; no sabía que los ingleses habían atacado a San Juan en el siglo 18 y tampoco que la imprenta había llegado a Puerto Rico a principios del 19. No sabía ni supe hasta mucho después que hubo en el siglo pasado mujeres escritoras, poetisas, pensadoras, maestras como Celestina Cordero, Ana Roqué de Duprey, Luisa Capetillo. Sí sabía de Felisa Rincón de Gautier porque trajo la nieve, pero esa NIEVE vino de Estados Unidos, y el avión en el que la trajeron, también. Yo no podía distinguir un cuatro de una guitarra, ni me había percatado de lo parecida que es alguna música jíbara a la de los árabes, ni sabía que la historia no es sólo de próceres sino del pueblo completo, ni sabía que los negros esclavos traídos aquí a la fuerza, venían de distintas regiones de África con lenguas y costumbres diversas, ni que para mantener al menos un atisbo de dignidad y cohesión como grupo, escogieron esconder a sus poderosos dioses bajo nombres de santos cristianos para que los siguieran guiando a través del infierno y el purgatorio a los que los condenaron nuestros propios antepasados. "Ay Ay Ay que el esclavo fue mi abuelo, es mi pena, es mi pena; si



hubiera sido el amo sería mi vergüenza", escribió Julia de Burgos y yo no sabía que esa era, en parte, mi vergüenza. El curso no existía aún, pero su contenido estaba disperso, atesorado por un puñado de hombres y mujeres quienes a pesar de todos los pesares, a pesar de todas las persecuciones, a pesar de todos los encarcelamientos ilegales, a pesar de todo el peso que ser colonia impone sobre nuestra Isla, se dedicaron a recopilar toda nuestra historia, a escribir todas nuestras vidas, a describir todas nuestras tradiciones, a testimoniar sobre quiénes fuimos y de dónde veníamos.

Pienso que esta gesta se asemeja a la trama de una película que vi hace unos años. Es un filme llamado "Fahrenheit 451", que es la temperatura a la que supuestamente arden los libros. Está basado en un cuento de ciencia ficción de Ray Bradbury y la hizo un gentil director francés a quien nunca le perdonaré haberse muerto: Francois Truffaut. Toma lugar en un futuro cercano, en un país industrial, así como si dijéramos aquí mismo. Hay un gobierno central que tiene poder sobre todos los habitantes y pone en cada casa una pantalla de TV gigante a través de la cual decide las vidas de todos. Por esta razón está prohibido tener libros; es decir, todo acceso a ideas, pensamientos, filosofías o modos de vida distintos, todo intercambio de conceptos, está vedado, y todo libro es quemado. Entonces, como respuesta, los pocos hombres y mujeres libres, perseguidos por el Régimen, se esconden en la ruralía, son guerrilleros de la filosofía, la poesía, la novela. Cuidan con esmero los pocos libros que guardan y cada persona es responsable de memorizar un libro del cual no queden copias. Cuando uno de estos "memorizadores" está envejeciendo, sienta a su lado a un niño, quien aprenderá del viejo humano que se muere, el texto. La escena final muestra a un niño aprendiendo de un anciano un texto de Víctor Hugo.

En Puerto Rico, en la década del 50, cuando las represiones obvias (porque también las hay disfrazadas), muchos de los estudiosos y pensadores, los académicos y los preservadores de nuestra cultura, se refugiaron en este Recinto y entre clase y clase investigaron, escribieron, redactaron y guardaron para nosotros, ese legado de quiénes éramos, legado que estaba vedado en las escuelas. La Dra. Margot Arce es una de esas estudiosas. Sus libros, sus conferencias, sus cátedras, su inquebrantable fé en el porvenir de Puerto Rico y en los estudiantes de este Recinto han dado fruto en muchas ocasiones y vuelven a darlo hoy, cuando podemos afirmar que una idea que ella concibiera ha esperado 48 años, como algunas mariposas han esperado decenios bajo tierra, para salir a la vida con todos sus colores.

Se trata de que gracias a profesores como ella, los que llegamos aquí tan perdidos que no podíamos hallar siquiera el rastro de cómo habíamos llegado a ser puertorriqueños, lo fuimos encontrando en esta Universidad. Y ese rastro es lo que nos da cohesión y nos permite hermanarnos con los seres humanos de todo el planeta, porque no se trata de aprender nuestra historia e identificar nuestros rasgos culturales para alejarnos de los demás pueblos, sino para encontrarnos con ellos en nuestros reflejos, en nuestras diferencias y en nuestras similitudes.

Porque hoy día todos se quieren cantar como defensores de lo puertorriqueño, pero la verdad es que en 1956, cuando Ricardo Alegría fue ante la Legislatura a pedir unos miserables miles de dólares para comenzar el Instituto de Cultura, los legisladores le dijeron que no existía tal cosa como la cultura puertorriqueña. Y mientras eso sucedía, acá en el Recinto guardaban para nosotros ese legado y nos enseñaban las claves para buscar el que aún estaba escondido.

En Puerto Rico, en la década del 50, cuando las represiones obvias (porque también las hay disfrazadas), muchos de los estudiosos y pensadores, los académicos y los preservadores de nuestra cultura, se refugiaron en este Recinto y entre clase y clase investigaron, escribieron, redactaron y guardaron para nosotros, ese legado de quiénes éramos, legado que estaba vedado en las escuelas. La Dra. Margot Arce es una de esas estudiosas. Sus libros, sus conferencias, sus cátedras, su inquebrantable fé en el porvenir de Puerto Rico y en los estudiantes de este Recinto han dado fruto en muchas ocasiones y vuelven a darlo hoy, cuando podemos afirmar que una idea que ella concibiera ha esperado 48 años, como algunas mariposas han esperado decenios bajo tierra, para salir a la vida con todos sus colores.

Se trata de que gracias a profesores como ella, los que llegamos aquí tan perdidos que no podíamos hallar siquiera el rastro de cómo habíamos llegado a ser puertorriqueños, lo fuimos encontrando en esta Universidad. Y ese rastro es lo que nos da cohesión y nos permite hermanarnos con los seres humanos de todo el planeta, porque no se trata de aprender nuestra historia e identificar nuestros rasgos culturales para alejarnos de los demás pueblos, sino para encontrarnos con ellos en nuestros reflejos, en nuestras diferencias y en nuestras similitudes.

Porque hoy día todos se quieren cantar como defensores de lo puertorriqueño, pero la verdad es que en 1956, cuando Ricardo Alegría fue ante la Legislatura a pedir unos miserables miles de dólares para comenzar el Instituto de Cultura, los legisladores le dijeron que no existía tal cosa como la cultura puertorriqueña. Y mientras eso sucedía, acá en el Recinto guardaban para nosotros ese legado y nos enseñaban las claves para buscar el que aún estaba escondido.

Se trata, también, de que les dejemos saber un gran secreto: sus vidas, ahora, cambiarán para siempre. No es posible volver a la casa de uno, luego de hospedarse fuera un mes corrido, o luego de escuchar tantos puntos de vista divergentes en clases y seminarios tan distintos, y acostumbrarse a la rutina diaria del pueblo o de la urbanización. Cuando yo estudiaba nos decían que ese cambio era debido a las dudas creadoras. Hoy, con tanto estudiante haciendo préstamos para poder estudiar, se trata también de las deudas creadoras, pero es igual. La visión del mundo cambiará porque ustedes van a cambiar. Hace como nueve años unos estudiantes de biología analizaron el agua de varias fuentes del Recinto y de restaurantes adyacentes. Después de observarla por el microscopio y descubrir cuántos organismos habitaban en ella, nunca pudieron volver a verla del mismo modo. También evaluaron la composición química de una comida completa de una famosa franquicia cercana: hamburguer, papitas y batida. Resultó que lo único 100% auténtico era la lechuga. Todo lo demás era parcialmente sintético, incluyendo las batidas que no son de leche, sino producidas por unas bacterias. Pequeñas investigaciones científicas como esas y las que le seguirán en los demás campos del saber desarrollarán en ustedes unos nuevos puntos de vista que invariablemente cambiarán su visión del mundo.

Cuando uno empieza sus cursos de ciencias sociales y descubre que las injusticias no se han erradicado del país, es más, que a unas pocas cuerdas del Recinto hay gente condenada a vivir como bestias; cuando uno estudia la historia, la antropología, la política, el comercio; cuando uno cae en cuenta de que uno es un

ser histórico y de que tiene una responsabilidad consigo mismo, con su familia, con su comunidad, con su país, con toda la raza humana, uno nunca vuelve a ser como antes. Y no importa cuántas veces nos repitieron que éramos una isla de extensión escasa, porque al descubrir todo lo que somos y cuántos somos y todo lo que hemos hecho y todo lo que tenemos por hacer, no es con tristeza y pesadumbre que miramos a Puerto Rico, es con orgullo y con esperanza.

De extensión escasa, somos, si medimos la tierra en kilómetros cuadrados y nos comparamos con otras naciones; pero de vasta extensión somos si medimos el terruño natal, que es el verdadero espacio nuestro y que está compuesto por toda esta tierra y todo lo que de vida hay en ella: todos los pintores, todas las enfermeras, todos los abogados, todas las maestras, todos los escritores, todas las científicas, los artistas, los músicos y cantantes que hemos dado, los educadores, los trabajadores, los obreros diestros, los campesinos, los sembradores, los luchadores que han hecho del nuestro un país tan amplio y tan lleno. Y cuando decimos luchadores nos referimos tanto a los que luchan por aprender como a los que luchan por cumplir con su deber para con su país, y fíjense que es a los luchadores; en última instancia, a quienes está dedicado el himno de este Recinto.

Se trata de que ustedes han llegado a un lugar que los cambiará para siempre porque una vez aprendan a mirar y a re-pensar su realidad, el entorno de sus hogares parecerá distinto y nada habrá cambiado, excepto ustedes mismos.

Se trata de que están en un lugar privilegiado de Puerto Rico, donde no puede haber lugar para los prejuicios de ninguna índole ni para las limitaciones a las capacidades de ninguna mujer ni de ningún hombre. La pluralidad del pensamiento y de los acercamientos al saber es tan vasta que nos permite estudiar al cometa Halley un día a las 10:00 de la mañana y adentrarnos en los vestigios de la cultura taína a las 11:00. Y ese acercamiento plurifacético al saber, a todo lo que a los humanos nos intriga, nos preocupa, nos hace preguntarnos qué somos, de dónde venimos y por qué estamos aquí, todo está enmarcado por la relación de profesores, estudiantes y trabajadores no-docentes venidos de la más amplia gama de seres humanos y representativos de todo Puerto Rico y de todo el mundo.

A diferencia de lo que encuentran en muchos de sus hogares hoy día y encontrarán en muchos de sus trabajos cuando se gradúen, en la Universidad no hay lugar para los prejuicios de raza o color o sexo u origen étnico o ideas políticas o religiosas. Mañana canta para nosotros el brasileño negro Milton Nascimento y hace unos años caminaba por los pasillos de Humanidades el español poeta blanco Juan Ramón Jiménez. Los profesores que nutren nuestras cátedras han venido de Italia y de Chile y de Egipto; de Estados Unidos, de Francia, de la India; de España, de Turquía y de las hermanas naciones caribeñas: Haití, Cuba, República Dominicana, Venezuela...

Aquí encontrarán ustedes una tolerancia que les va a hacer daño, quizás, porque les abrirá demasiado su capacidad para comprender a los demás y luego, al ustedes graduarse, sus jefes, sus familias, querrán que ustedes vuelvan a ser como eran: "No salgas con esa

muchacha, mira que es negra"; "No te conviene andar mucho con ese muchacho, mira que quizá es un comunista"; "No le des empleo a ése, que es extranjero y nos quita los trabajos a los puertorriqueños" - eso es lo que dicen allá afuera; aquí no creemos en eso, por eso nuestro entorno es tan rico, por eso empezaremos a **no estar de acuerdo con lo que éramos antes**, por eso, agradablemente, se crea un nuevo tipo de hombre y mujer puertorriqueña en este Recinto, en esta Universidad.

Y a veces ese aprendizaje será agradable y hermoso, y a veces será doloroso, quizás trágico; no importa, es aprendizaje. Aquí uno empieza a vivir como adulto, aquí no hay maestras de salón hogar velando porque no corten clases. Aquí, a la fuerza, alguna vez ustedes cortarán clases pero, las más, querrán venir a hablar y discutir libremente con sus compañeros estudiantes y profesores si existe o no relación entre quiénes somos nosotros y los personajes de la Iliada, y si fueron necesarios o no los excesos de la Revolución Francesa, como también querremos discutir si es válido hablar de la calidad artística de una telenovela o si sólo se puede encontrar ese algo indescriptible llamado arte, en los museos y galerías y centros de bellas artes.

No estamos ajenos en este Recinto a la realidad de la que vienen ustedes, sino que buscamos estudiarla y profundizar en ella. Sabemos que el cambio será fructífero pero será lento, como todo lo que vale la pena. Es con el tiempo que uno puede darle valor a las relaciones, a los aprendizajes, a los momentos compartidos de esta vida universitaria.

Yo estoy completamente convencida de que ustedes tienen unas destrezas y unas capacidades que nosotros no tenemos, y viceversa. La Universidad es un encuentro de lo que nosotros hemos vivido y aprendido, en interacción con lo que ustedes saben y aquello en lo que ustedes se pueden convertir. Un profesor amigo se quejaba el semestre pasado de que sus estudiantes de segundo año de la Facultad de Humanidades no sabían quién era Virgilio. Yo me quedé pensando mucho tiempo en ese ilustre antecesor de los literatos occidentales de hoy día, Virgilio, el gran poeta romano cantor de las leyendas de la creación de esta ciudad. Ciertamente, como dato cultural, deberían ustedes conocerlo aunque sólo fuera de nombre pero, si no sabían quién era él, ¿qué cosas saben ustedes que nosotros no sabemos? Probablemente interactúan con computadoras de un modo tan natural que los que apenas comenzamos a hacerlo podríamos aprender mucho de ustedes; probablemente conocen las direcciones de donde soplan los vientos alrededor de Puerto Rico y pueden hacer que un "windsurfer" no se vire en el mar y probablemente pueden reconocer, por los primeros acordes, sus piezas de música favorita ya sean baladas, piezas de jazz o de rock, canciones de protesta. Ustedes tienen sus Virgilios, sus cantores-poetas en la música que escuchan y que es, para mí, el factor que más nos une a todos en Puerto Rico pues somos ante todo y por encima de todo un pueblo terriblemente, eminentemente, sustancialmente, musical. Nuestro deber, entonces, no es hacerles sentir menos que nosotros porque no conozcan a Virgilio, sino presentárselo de modo que su poesía les sea tan

familiar como la de Silvio Rodríguez o Sylvia Rexach, El Topo o Joan Manuel Serrat, Los Beatles o Julia de Burgos.

Pues cuando uno lee las cifras de cuántos estudiantes tiene el Recinto y cuántos profesores y cuántos empleados no docentes, uno tiene que preguntarse ¿quiénes son indispensables para que haya una universidad? Es fácil la respuesta: ustedes, los estudiantes. Las primeras universidades fueron puñados de estudiantes con unas personas de mayor conocimiento guiándolos en la búsqueda del saber. Si un virus nos matara a todos los profesores y empleados de la U.P.R. esta tarde, mañana seguiría habiendo Universidad, con sólo la presencia de ustedes, algunos de los cuales tendrían que convertirse en maestros y, con el tiempo, en administradores. Invento esta absurda imagen para que quede fija en nuestras mentes esta realidad, que la razón de ser de una universidad es el proveer oportunidad de enseñanza a sus estudiantes y la razón de ser de ésta, la más antigua y prestigiosa de las universidades puertorriqueñas, la que pertenece al pueblo de Puerto Rico, la que no existe para el lucro, ni para inventarse programas fatulos para recibir dinero federal, ni para cantar cancioncitas baratas en anuncios televisados es ayudarlo a ustedes a crecer intelectual y culturalmente y a desarrollar hasta donde podamos en ustedes un sentido de responsabilidad social para con nuestro país.

Pero ¿cómo lograr que la excelencia a la que aspiramos enlace con las expectativas que ustedes traen? Siempre nos preocupa cómo hacer para que se den cuenta de que tan sabio es conocer a los poetas de hoy para

encontrarnos a través de ellos, como conocer a los cantores de la antigüedad para entender por qué hemos llegado a ser lo que somos. ¿Cómo aprender? ¿Qué estudiar? Algunos de ustedes llegan con instrucciones precisas de sus papás: "Nena, yo quiero que tú seas maestra de ciencia porque en nuestra familia todos estudiamos ciencias naturales; los inteligentes de verdad no se meten a las demás facultades". "Mira Junior, tú vas a ser doctor porque yo se lo prometí a tu abuelo, que en paz descansa, y él te está velando desde ALLA ARRIBA". "Mira hija, estudia algo que te dé un trabajito de por lo menos \$1,000 al mes porque dicen que por ahí viene una recesión, además que todo el presupuesto del país se va a ir en celebrar el Quinto Centenario ese en el 1992 y las Olimpiadas en el 2004 y no va a haber para nadie".

Pero para mala pata de la familia que la mandó a estudiar, a la nena que tenía que entrar a Naturales le dio con los idiomas y se enamoró de las lenguas romances ¡qué redundancia! y no quiere salir más que con los pelús de Humanidades. Y a Junior, que iba a ser doctor, le gustó tanto la biología que quiere irse a hacer una maestría a Mayagüez cuando termine el bachillerato, para y que salvar a las tortugas a punto de extinción, el pobre, que tendrá un sueldo de hambre de \$900 al mes si cualifica y si no lo matan los dizque deportistas que van borrachos a la Mona a dispararle a todo lo que se mueva allí. Y la muchacha que tenía que buscarse un trabajito que dejara algo de dinero, se miró adentro un día y decidió que no podía soportar el

dolor de este país y se metió a estudiar trabajo social, para que le lluevan problemas ajenos por el resto de sus días.

¡Ojalá y a todos les suceda eso! Ojalá y todos ustedes puedan encontrar aquí, en medio del proceso de estudios, una labor que los enamore tanto que dejen atrás todos los buenos consejos deterministas con los que llegaron y puedan sentirse orgullosos de lo que escojan hacer. ¿Cuál es la misión de este campus en particular?: ser precisamente un subvertidor de ideas establecidas si esas ideas están enmarcadas exclusivamente en ese gran materialismo que nos quiere hundir a todos; enseñarle a ustedes que no existe la felicidad, sólo momentos felices, y que esos momentos se encuentran sólo dedicándose uno a un trabajo y a una misión que les llene de adentro, aunque no brille por fuera en títulos y papeles, aunque no conlleve los mejores salarios; es ser agente de crecimiento y de apertura lo que intenta este Recinto con ustedes.

Se trata entonces de que queremos darle la bienvenida a una época de sus vidas en que esperamos que cambien y crezcan, se trata de que han llegado en el año justo en que empezamos, con este curso de estudios puertorriqueños y otros nuevos cursos, a tratar de mejorarnos para y por ustedes; se trata de que honramos a Doña Margot Arce de Vázquez, una mujer que representa a cientos o miles de puertorriqueños que han dedicado sus vidas a que nosotros

podamos entender las nuestras y se trata de que después que busqué en todos los libros y miré todos los programas de televisión y recordé todas las películas y pensé en todas las conferencias que he escuchado sobre la función de la universidad y sobre la realidad de Puerto Rico; después de tanto buscar una sola idea central para ofrecérsela a manera de ramos de flores silvestres a ustedes, los estudiantes nuevos que llegan aquí, no tuve sino que mirar a una pared de mi cuarto donde en letra de molde, sin lujo y sin marco, tengo apuntado un pedazo de un poema. Lo escribió un puertorriqueño que nació en España y llegó a los once años aquí y se hizo boricua al hacerse hombre. Antes yo pensaba que él era sólo una avenida, luego supe que fue periodista, político, escritor y patriota. Se llamó Manuel Fernández Juncos y en un atisbo de lucidez y de poesía escribió, seguro que para que hoy pudiésemos disfrutarlo ustedes y yo juntos, el siguiente verso dedicado a nosotros los tan musicales puertorriqueños:

**No te avergüences jamás de haber nacido  
En una Isla de extensión escasa,  
Que no se juzga al hombre por su casa,  
Ni a las aves cantoras por su nido.**

Muchas Gracias.



Publicaciones  
Oficina del Rector

1. **Antillanismo y Anticolonialismo en Betances,  
Hostos y Máximo Gómez** 19  
José Ferrer Canales
2. **Trazo y Voz** 19  
Homenaje a dos Maestros
3. **Los Géneros Menores del Teatro Puertorriqueño  
del Siglo XIX** 19  
Elba Arrillaga de Torre
4. **Mensaje al Claustro** 19  
Dr. Juan R. Fernández
5. **Una Universidad para Puerto Rico** 19  
Prof. José Emilio González
6. **Ester Feliciano Mendoza** 19  
Homenaje Póstumo